

Hoy les sugerimos....

Llegó la Cuaresma

Pasados los últimos estertores del Carnaval con el Entierro de la Sardina, confundidos en el Miércoles de Ceniza con el inicio de la etapa penitencial que constituye la Cuaresma, las reacciones en la población a este hito que marca la tradición previo a la Semana Santa son diversos. Según el grado de religiosidad de cada individuo, el seguimiento del precepto acomete con más o menos virulencia al propio cuerpo; desde el nostálgico que desafía la ortodoxia de la propia Iglesia imponiéndose normas obsoletas ya superadas por la misma gracias a la reflexión profunda, que compatibiliza el rigor en la práctica con las necesidades del mundo moderno, cada vez más secularizado, pero que no abjura de las ancestrales costumbres aprendidas y que aún forman un poro irrenunciable en las propias señas de identidad; hasta el indiferente que forma parte del colectivo devoto sólo a nivel nominal, o al que ha racionalizado su sentimiento y por escepticismo o agnosticismo no renuncia de forma militante a la religión.

El ejemplo más claro a nivel público de la variedad de actitudes que entre la gente se encuentran, superada por la eclosión de la libertad real en la vida la barrera de la hipocresía autoimpuesta en tiempos menos permisivos, es lo visto en nuestros bares y relativo a nuestra arraigada costumbre del aperitivo que acompaña a la bebida en el cotidiano ejercicio del alterne. Cuando llega el viernes penitencial y se impone la abstinencia de la carne, en las vitrinas se ofrecen con extremada delicadeza dos opciones evidentes, para los fieles seguidores pescado u otros productos no cárnicos, y para los indiferentes o claramente opuestos a este pío ejercicio carne; completado con la solícita demanda del camarero antes de poner nada en el platillo sobre la opción del cliente.

Si hace unas décadas era impensable la ostentación pública de estos distingos, porque todo el colectivo ciudadano se verá inmerso en el criterio generalizado de las 'co-

sas como Dios manda', fueran cuales fueran las creencias íntimas; hoy se manifiesta con naturalidad franca el sentimiento de cada cual y el nivel de dependencia de la voz de la jerarquía, que, como es su obligación, pugna por el mantenimiento de la disciplina dentro de la grey. Articulistas eventuales de esta época del año, pueblan los medios de comunicación impresos con una avalancha de artículos puristas que denuncian la laxitud de las costumbres en una mayoría del 'cuerpo semanasantero'; claman - según ellos - en el desierto por la vuelta a la práctica consecuente de las enseñanzas de la Iglesia, lamentándose del poco número de cofrades que sigue con interés las actividades propiamente devotas de sus hermandades - funciones de las imágenes, misas de difuntos, charlas cuaresmales, etc -, en las que hay un número ingente de adscritos y luego a estas manifestaciones acuden unas pocas docenas de los mismos. Olvidan o no quieren reconocer estos probos nazarenos, que desde hace ya mucho tiempo la componente sociológica de la Semana Santa ha superado a la religiosa y que aunque a la iglesia le guste o convenga oír que la inmensa mayoría de los españoles se declara católica, la realidad prueba que el número de practicantes es mucho menor y que lo que más prima en la Semana Santa es lucir la túnica en el desfile, cargar con el banzo de lujo - a poder ser a cara descubierta para ser identificado -, la refacción de la junta general, la tertulia con resoli en el bar y otras cosas por el estilo; lo festivo, a fin de cuentas.

Seamos sinceros. Los intereses que se mueven en la Semana Santa y en torno a ella son más materiales que espirituales - económicos, políticos, etc - y a ello contribuimos todos, todos. Lo que se pueda disfrutar terrenalmente, atrae más que las promesas celestiales. Ya lo dice el Evangelio: «El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra».

A manos



llenas